

UN AÑO DE NUEVA REPUBLICA

Pronto hará un año que la revolución de Argel puso fin a la IV República y trajo de nuevo al poder al general de Gaulle. Escritores políticos franceses, como los hermanos Bromberger o J. R. Tournoux y actores de conspiración como Alain de Sérigny, han relatado, con variaciones comprensibles, la historia de ese movimiento confuso. Los europeos de Argelia, animados por una sombría ira contra la impotencia de los gobiernos de París, a los que sospechaban de querer negociar con los fel-laghas y acusaban de blandura con Tunicia y Marruecos, aliados de los «rebeldes» argelinos, querían que «algo cambiara». Esperaban que un gobierno fuerte impusiera la paz francesa en el Magreb. A esto se limitaban sus sentimientos. Por ello, los elementos diversos que conspiraban para sustituir el orden legal que se desmoronaba por un orden nuevo, más conforme a sus conceptos o a sus intereses, trataron de utilizar esos descontentos. El apoyo que les prestó el Ejército permitió a los «gaullistas»—como Chaban-Delmas y Nerwith—dar al 13 de Mayo un sentido político que no tenía al iniciarse la manifestación del Forum. La revolución triunfaba en Argel. ¿Por qué no se impuso también en París? La razón es sencilla. Los hombres de Estado de París cedieron por temor. No sólo porque el Ejército les amenazaba con un pronunciamiento, sino porque sentían que las masas populares permanecían indiferentes ante los riesgos que corría la República. De haber querido enfrentarse con los paracaidistas, comunistas y socialistas unidos sólo hubieran podido lanzar a la calle a unos miles de hombres. Si M. Guy Mollet—como dice—soñó con desempeñar el papel del diputado Baudin, que murió en las barricadas por la República, sus veleidades de resistencia no duraron mucho tiempo. El jefe de la S. F. I. O., aconsejado por el ex Presidente de la República Vincent Auriol, se volvió hacia el general de Gaulle para salvar lo que aún podía salvarse de la democracia liberal. De suerte que el ex jefe del Gobierno provisional vióse llamado al poder

por aquellos que querían derrocar la IV República y por aquellos que querían salvar parte de sus instituciones—y también, sin duda, de su personal—, tal vez con la secreta esperanza de restablecer el antiguo régimen cuando hubiera pasado el peligro. Era ésta una situación excepcional que no dejaba de recordar la del general Bonaparte en el momento en que despedía el Directorio con el apoyo de los termidorianos y de muchos monárquicos. El general los engañó a todos o los decepcionó, o, si se prefiere una palabra menos dura, los gobernó durante quince años y, al final, fué derrocado por ellos—con la ayuda de los ejércitos aliados, cierto es. De creerse en el retorno histórico se podría pensar en ver, después de unos años, que los parlamentarios lograrán su revancha. No repitiéndose nunca rigurosamente la Historia, nos guardaremos de vaticinar sobre la suerte del régimen gaullista en este o en aquel sentido. Lo que importa es explicar cómo el general de Gaulle, que vegetaba en su aislamiento y su leyenda en Colombey-les-Deux-Eglises, ha podido, cuando los explotadores del 13 de mayo lo sacaron de su gloriosa soledad, representar el salvador para los franceses de derecha y para los franceses de izquierda, que estaban en total desacuerdo sobre poco más o menos todos los problemas nacionales, y cómo, al estilo del sable de M. Prudhomme, ha podido presentarse al mismo tiempo como el instrumento capaz de derrocar el régimen y de salvarlo, caso de necesidad.

Es incuestionable que una buena parte de leyenda se ha mezclado a este hecho. El general de Gaulle tiene sin duda algunas cualidades. Ama a su país. Quiere que sea grande. Desea que siga siendo la nación que causó la admiración de Europa por su cultura y que—desde Carlos VIII a Napoleón II—inspiró a sus vecinos un temor justificado por sus ambiciones. En 1940, a la derrota prefirió la aventura—bajo la protección de la Mancha y de la Home Fleet—de que carecían sus compatriotas que habían permanecido en la Metrópoli. El llamamiento del 18 de junio, que hicieron oír por doquier los potentes medios de difusión del Imperio británico, lo convirtió en un especie de heraldo del patriotismo nacional. Dicho esto, las cualidades de hombre de gobierno del general de Gaulle no habían deslumbrado al mundo, ni siquiera a sus compatriotas. Llegado como triunfador detrás de los tanques del general Patton—del que formaba parte la División Leclerc—en agosto de 1944, el general tuvo que dimitir en enero de 1946 ante la resistencia solapada de los medios políticos de la democracia, de que había sido campeón en Londres. Sospechoso de fascismo—horrible acusación en aquel tiempo—porque preconizaba una República autoritaria, el general fué derrotado por la coalición de los comunistas, los socialistas y los

demócratas-cristianos, sus colaboradores, y se fué. El general que todo lo podía al regresar a Francia, se había gastado con sorprendente rapidez. Es probable que al verlo irse, ciertos de sus adversarios pensarán en las palabras crueles de Bismarck sobre Napoleón III a raíz de su entrevista de Biarritz: «Una gran incapacidad desconocida.»

Luego, en 1947, el general reapareció en la escena política, cuando el país, saliendo de la postración de la postguerra, manifestaba su impaciencia ante los primeros escándalos de la IV República y los desórdenes sociales que organizaba sistemáticamente el partido comunista después de romper con sus antiguos asociados de la Resistencia. El general, que había sido el hombre de la alianza con los soviets contra Hitler, que había concluido el Pacto de Moscú para escapar a la tutela anglosajona y que había admitido el regreso triunfal a París de Maurice Thorez, condenado como desertor en la época de la «rara guerra» por los tribunales de Daladier y de Paul Reynaud, se convirtió de pronto en implacable enemigo de los comunistas, que no llamaba más que los «separatistas» y que acusaba de estar a las órdenes de Moscú, así como lo hacían los burgueses de antes de la guerra y los propagandistas de Vichy, abandonados a la venganza de los F. T. P. marxistas a raíz del desembarco aliado. Este cambio radical no desconcertó al pueblo francés. En la estela del nuevo partido que había fundado, el R. P. F., buena parte de los electores se lanzaron al asalto de un régimen de impotencia minado por el bolchevismo. Fué un nuevo «boulangismo». El «Rassemblement» agrupó a nacionalistas partidarios de la integridad del Imperio y a burgueses inquietos de perder sus privilegios. Pareció que iba a conquistar el poder merced a elecciones triunfales. Las maniobras del Gobierno y de los partidos centristas le cortaron el camino. Como el «boulangismo», el neo-gaullismo empezó a disolverse en cuanto cesó de avanzar. Asqueado, el general de Gaulle decidió la disolución de su partido y, por segunda vez, salió de la escena política dando un ruidoso portazo. Había fracasado en cuanto jefe de partido, como había fracasado en cuanto jefe de Estado. Pero al retirarse del ruedo volvía a ser lo que hacía su gloria: un personaje simbólico, el hombre que no había desesperado de Francia en las horas más sombrías de su historia.

Mientras redactaba sus Memorias en su confortable casa de campo, el tiempo trabajaba en su favor. Así como los errores de los monarcas y de los parlamentarios de la Restauración y el recuerdo de las pasadas victorias crearon en pocos años la leyenda napoleónica, que trajo el Segundo

Imperio, los retrocesos de la IV República devolvieron a de Gaulle un prestigio que las dificultades cotidianas habían deslucido. Al adoptar un silencio despectivo respecto a los partidos y a los problemas en discusión, el general había tomado fisonomía de político profundo. Se le prestaron todos los pensamientos. Los europeos de Argelia vieron en él al hombre fuerte que los salvaría, al mismo tiempo que el escritor kabila Amrouche saludaba en él al hombre capaz de devolver una patria a los argelinos. Unos le confiaban el cuidado de instaurar un régimen fuerte; otros creían que salvaría la República del asalto de los paracaidistas. Así se constituyó sobre su nombre una impresionante mayoría. Únicamente los comunistas, los intelectuales de izquierda y una extrema derecha, que recordaba el comportamiento del general hacia el Mariscal Pétain, se pronunciaron contra el nuevo jefe de la nación. La mayoría de los franceses aceptaron, por el contrario, confiar sus destinos al general, no sin cierta confusión, bien es verdad. Investido legalmente por la Asamblea nacional y por el Presidente Coty, el general de Gaulle logró hacer aprobar la Constitución autoritaria que había preconizado en 1945, hacer elegir una Cámara dominada por el U. N. R., es decir, por los «ultras» del gaullismo y, luego, que lo eligieran Presidente de la República. Triunfalmente plesbicitado, dominando un Estado al que había dado una Constitución a su medida, gobernando por el intermedio de un presidente del Consejo que había escogido por su fanático apego a su persona, con una Cámara a su devoción, el general de Gaulle podía gobernar a su antojo. Desde Napoleón III—salvo durante la corta dictadura de Pétain que, de hecho, estaba duramente coartada por la presencia del ejército de ocupación en Francia—, ningún jefe de Estado francés ha tenido tanto poder.

I) *Reformas draconianas.*

En su largo retiro, el general había tenido tiempo de reflexionar sobre los problemas franceses. Llegaba al poder dispuesto a hacer reformas valientes y acaso impopulares, para dar al traste con los males que paralizaban a Francia. Preciso es reconocer que, mucho más que sus predecesores de la IV República, tiene el sentido del Estado. Puede uno sonreírse, como lo hacía Roosevelt, de su egoísmo, de su culto del «yo».—en un sentido menos sutil que el de Barrès—, de su sueño de ser el continuador y el igual de los mayores personajes de la historia de Francia; pero sabe también

que un país no puede contar en el mundo si no tiene un Estado fuerte y que brinda seguridades de continuidad, sin la cual no es posible ninguna política. La reforma de la República francesa estaba a la orden del día desde 1930. Los libros de André Tardieu, el intento de Gaston Doumergue y, después del desastre de 1940, los de Pétain y de Laval tendían a desligar el poder ejecutivo del dominio de las Cámaras y de los partidos. En 1946 se había asistido a una reacción parlamentaria. La Constitución de la IV República se había hecho contra una posible dictadura. Oficialmente, sus autores lanzaban anatemas contra el viejo mariscal Pétain, recluso en la isla de Yeu, si bien pensaban en el general de Gaulle. Así se instituyó un especie de régimen de asamblea que creaba un gobierno subordinado a la Cámara. El régimen de los partidos—divisor por excelencia—florecía en más aún que a finales de la III República, con sus defectos habituales: inestabilidad ministerial, combinaciones, medidas adoptadas a medias que acarrearaban una política incoherente para desembocar en el inmovilismo estéril. Que semejante régimen sea posible en un país pequeño, sin ambiciones, que se limitara a vivir al día, es, en rigor, posible. Lo malo es que Francia tenía un Imperio colonial cuyos pueblos, agitados desde la guerra por las ideas de independencia o, al menos, de autonomía, estaban frecuentemente en estado de rebelión latente o declarada. Los franceses, que sólo aspiraban a la paz, se vieron así obligados a guerrear en Madagascar, en Indochina, en Tunicia, en Marruecos y en Argelia. La impotencia de su régimen para resolver el problema colonial concluyó por acarrear el derrumbamiento del régimen y el llamamiento al Ejército.

El general de Gaulle arremetió, pues, con el doble problema constitucional de Francia y de la Comunidad francesa. En la Metrópoli instituyó un régimen que, trastocando el equilibrio de poderes de la IV República, daba la primacía al jefe del Estado, no dejando a las Cámaras más que el voto de las leyes que tuvieran a bien presentarles y del presupuesto. Se dice que el sueño del general de Gaulle hubiera sido gobernar con una Cámara en que los partidos, al equilibrarse, le hubieran permitido desempeñar el papel de árbitro. La violenta rectificación hacia la derecha del cuerpo electoral defraudó esta esperanza al enviar al Palais Bourbon una Cámara netamente nacionalista que se reclamaba de su nombre. Es posible que el espíritu parlamentario dé más adelante veleidades de independencia a esos militantes gaullistas que, en desacuerdo con el general, por ejemplo en la cuestión argelina, gritarían sin embargo: «Vive de Gaulle, a pesar de todo»,

al estilo de los «ultras» de 1815, y harían obstrucción. Pero la Constitución que el referéndum del pasado septiembre ha aprobado apenas si deja a los elegidos del pueblo la libertad de entorpecer el ejecutivo. Prácticamente, repetámoslo, el Presidente de la República dispone de un poder casi absoluto por varios años.

A la Constitución autoritaria de la Metrópoli correspondía, en el pensamiento del general, la concesión de una amplia autonomía a las colonias africanas. Ello podría extrañar si se olvidara que de Gaulle, ya en los tiempos en que reinaba en Brazzaville, exponía un plan de la Comunidad francesa de concepto casi británico. Los conflictos coloniales y las secesiones de las colonias de Asia y de los protectorados del Magreb han reforzado sin duda su convencimiento de que no se retiene contra su voluntad a los pueblos, incluso primitivos. Así, en la época del referéndum prometió audazmente—y muy anticonstitucionalmente—la libertad a las colonias que rechazaran su Constitución. El golpe no resultó desventajoso, ya que, salvo Guinea, las poblaciones coloniales aceptaron permanecer en una comunidad francesa más flexible. Así, en tanto que la IV República, fiel con ello al espíritu jacobino, había mantenido, aunque fuera a tiros, una centralización estrecha en sus territorios coloniales, el general de Gaulle, mientras instituía un poder fuerte en París, admitía la personalidad especial de los territorios coloniales y su derecho a administrarse por sí mismos. No es el «Reino árabe» de que hablaba Napoleón III para Argelia, pero sí las Repúblicas negras. Se ve claramente lo que ha pensado el general de Gaulle al realizar esta reforma llena de paradojas: una Francia fuerte y rica ejercerá su irradiación sobre los Estados de cultura francesa y ligados a la economía francesa que acaba de crear. La Comunidad libre al estilo británico sustituirá de tal suerte al antiguo régimen que reposaba en la fuerza. Pero la Commonwealth tiene un lazo vivo que es la persona real. En rigor, el general de Gaulle tiene bastante prestigio para presidir el conjunto de la Unión Francesa y arbitrar las divergencias entre los Estados que la componen. Pero, después de él, ¿quién desempeñará este papel? ¿Bastará la Constitución para mantener la unión de repúblicas que forman parte de la misma? Y una idea más vigorosa, como la de una Confederación africana occidental o central, ¿no puede dominar más tarde la de un entendimiento con Francia? Hay franceses que así lo temen y que se preguntan si la situación actual no entraña los gérmenes de futuros conflictos. Por ahora, la fórmula de la Comunidad descentralizada tiene la ventaja de pre-

venir en Africa negra una rebelión análoga a la de Argelia. No es desdeñable.

Habiendo resuelto de esta suerte el problema constitucional, el general de Gaulle arremetió con los innumerables problemas que la IV República había dejado pendientes. El régimen difunto había tenido el mérito de dejar que la economía nacional se desarrollase ampliamente, pese a las cargas de las incesantes guerras coloniales. Tuvo el desacierto, como la III República en su período de decadencia, de ceder a la demagogia y de remitir siempre al día de mañana la penosa tarea de pedir grandes sacrificios a los contribuyentes para sanear las finanzas del Estado. No era ciertamente la primera vez que el país rico que es Francia había tenido un Estado pobre. Pero el perpetuo déficit del comercio exterior, los gastos sin cesar superiores a los ingresos desembocaban durante los últimos ministerios que precedieron al 13 de mayo, en una situación dramática en que el Estado se veía amenazado de no pagar a sus acreedores y a sus funcionarios. En este aspecto, 1958 recordaba extrañamente 1788 y el período prerrevolucionario.

Los gobiernos parlamentarios tenían grandes dificultades para resolver tal problema. Los diputados, preocupados de su reelección, retrocedían ante medidas impopulares. Los Ministerios que querían imponerlas eran derribados. Aquellos en quienes el deseo de durar llevaba a las buenas componendas, habían de plegarse a interminables debates en que los partidos se esforzaban por preservar su clientela de las cargas fiscales y aconsejaban que «se hiciera penitencia por cuenta de los demás». Finalmente, un compromiso descontentaba ligeramente a todo el mundo, no resolvía nada y dejaba a los Ministerios por venir el cuidado de resolver el insoluble problema. Que semejantes métodos fueran muy criticados por los hombres de Estado y por los técnicos de los Ministerios, no hay duda. Los peritos de los departamentos económicos acumulaban proyectos de reformas y establecían presupuestos futuros saneados, despotricando contra el malgastar parlamentario. Luego una reacción de algunos diputados echaba la obra por los suelos. En sus conversaciones no se privaban de condenar un sistema basado en la ineficacia. Pero, por vivir del mismo, lo respetaban. Se juzga, pues, de las esperanzas cuando la rebelión del 13 de mayo llevó al general de Gaulle al poder y luego hizo que se le atribuyera el derecho a legislar por ordenanzas. De golpe, los proyectos que dormían en las carpetas y las cuartillas polvorientas podían convertirse en realidad. En todos los Ministerios, los burócratas exhumaron sus trabajos inutilizados y pidieron que

fueran aplicados. En los buenos tiempos de Vichy se había visto a los sucesores de los chupatintas, tan gratos a Courteline, legislar sin tregua con la ayuda de decretos-leyes, cuya masa impresionaba a los juristas. La misma actividad febril se manifestó bajo la autoridad del general de Gaulle.

M. Pinay, industrial prudente, promovido gran tesorero porque tenía la confianza del mundo de los negocios y del ahorro, aplicó las medidas propuestas por sus servicios. El plan Rueff se convirtió en base del programa económico y financiero del Gobierno. Era duro. Algunas de sus disposiciones, cual la supresión de la pensión a un crecido número de antiguos combatientes, eran francamente impopulares. Fué un mérito del general de Gaulle afrontar el descontento de la muchedumbre y no retroceder una pulgada respecto a los proyectos que presentaba a la Cámara. Paralelamente, hacía que se anunciara la devaluación del franco. Esta medida debía permitir a las mercancías francesas, difícilmente exportables por su carestía, resistir a la competencia extranjera en los mercados internacionales. El general De Gaulle y sus peritos pensaban que la «reprise» económica provocada por la devaluación del franco llevaría a los franceses a aceptar las duras medidas fiscales que había adoptado.

De hecho, los franceses no han protestado demasiado. Es cierto que los comunistas, fieles a su vocación, han puesto el grito en el cielo protestando contra las medidas adoptadas, dicen—sin andar del todo descaminados—, por los grandes patronos y los Bancos. Los socialistas han roto con el general para refugiarse en una «oposición constructiva» bastante blanda. Los radicales de Mendès-France y los fieles de Mitterand han presentado objeciones de principio. Se recurre a los argumentos clásicos, se ataca la reacción, se habla de M. Pompidou, agente de la Banca Rotschild cerca del general; pero cuando se comparan sus protestas con las que suscitó la deflación emprendida por Pierre Laval, se comprueba hasta qué punto la oposición actual carece de combatividad. Las repercusiones de la recesión americana en Europa, que no han dejado a Europa a salvo, explican acaso esta moderación. Al aumentar el paro parcial, crean una comprensible inquietud en los ambientes obreros. Este estado de espíritu no favorece las huelgas ruidosas: nadie se expone a perder fácilmente su colocación cuando no se tiene la seguridad de encontrar otra. Los jefes de la izquierda no lo ignoran y, por ello, no intentan dar batallas espectaculares en las que corren el riesgo de ser vencidos. Se contentan con esperar. Las medidas impopulares y el alza de la vida han tenido un resultado: han llevado nue-

vamente al partido comunista a los simpatizantes que la leyenda del general de Gaulle había seducido con ocasión del referéndum. Las últimas elecciones municipales han mostrado que el comunismo había recuperado una gran parte de sus bajas de septiembre. M. Pinay y sus servicios son probablemente responsables de ello.

Bien es verdad que en el plano económico los tecnócratas se declaran satisfechos de la situación. Su operación parece tener éxito. El general de Gaulle, en el curso de su conferencia de prensa del 25 de marzo pasado, ha expuesto las razones para celebrar la recuperación financiera. En adelante estaremos en condiciones de proveer sin ninguna inflación a todos los gastos públicos, ha proclamado. En todos los lugares del mundo, el valor de nuestra moneda es indiscutido; un cuádragenario francés no ha visto tal cosa en toda su vida... La balanza comercial y la de cuentas están en orden... En vez de salir de Francia, los capitales acuden para ser empleados: en diez semanas más de 300.000 millones... En resumen, se acerca el día en que, sólidamente restablecidos nuestros asuntos, podremos lanzarnos hacia una amplia prosperidad. Admitamos que haya en este cuadro una parte de optimismo oficial. Un cuádragenario puede recordar perfectamente, si ha estudiado un poco la historia de su país, que entre 1926 y 1936 el franco era una moneda muy fuerte y que un presidente del Consejo—Pierre Laval en tal caso—podía, sin poner la Tesorería de Estado en un aprieto, consentir un préstamo sustancial al Banco de Inglaterra para salvarlo de la bancarrota. Pero aparte esta inexactitud, los hechos que ha citado el jefe del Estado francés son reales y reconfortantes. Como siempre que la derecha llega al poder en Francia—y el burgués francés típico que es M. Pinay bien representa a la derecha francesa—, el crédito del Estado aumenta. En régimen electoral, las masas, por desgracia, se pronunciaban contra la austeridad y por la política de progreso de la izquierda, que en breve comprometía la estabilidad financiera. Después de Poincaré venía Herriot; después de Flandin y Laval, el Frente Popular, después de Pinay y Faure, Guy Mollet. El actual enderezamiento financiero no concluiría más felizmente si el Estado francés actual no se hubiera liberado, por unos años al menos, de las alteraciones de humor del tío Demos. El Barón Louis decía ya en los albores del siglo XIX: «Hacedme una buena política y os haré buenas finanzas.» Al fortalecer el Estado, al liberar a los ministros y a sus técnicos del temor al electorado, el general de Gaulle ha dado a sus funcionarios condiciones de trabajo a la medida de sus deseos. Pero ese ende-

rezamiento sólo será duradero si la paz se mantiene en Europa y si la pacificación se logra en Argelia, esa Argelia que sigue siendo la máxima dificultad de la V República, como lo era de la IV.

II. *El grillete argelino.*

La génesis de la revolución del 13 de mayo, que desembocó en el retorno del general de Gaulle, venía de la impotencia de la República parlamentaria para poner término a la rebelión argelina. Una propaganda bien hecha, logrando lo suyo, persuadió a los franceses de que el general, cuyo prestigio había impedido a los metropolitanos que se hicieran la guerra civil, sabría restablecer la paz en Argelia. Es posible que el general, en quien la humildad no es la virtud dominante, haya pensado también en que tendría bastante autoridad sobre su ejército e influencia sobre los indígenas para llevarlos a una reconciliación bienhechora para todos. Lo fastidioso es que estas esperanzas reposaban sobre equívocos o incluso sobre francos errores. En primer lugar, si fácil había sido impedir la guerra civil entre franceses que, en su inmensa mayoría, no tenían ningún deseo de combatir, era más difícil restablecer la paz entre gentes que se entregaban en Argelia a una guerra feroz, muy propia para exasperar los odios y para alzar barreras casi infranqueables entre las poblaciones en lucha. Además, ¿sobre qué bases concluir la paz? Los europeos de Argelia y el Ejército de Africa profesan que únicamente la victoria militar vencería la rebelión de la minoría que ha tomado las armas contra Francia. Lo mismo que Ab-el-Kader se sometió después de quince años de lucha salvaje, los rebeldes de hoy pedirán el *aman*—dicen—cuando se sientan vencidos. Para oponer una idea-fuerza al ideal de la independencia, han lanzado el concepto de integración. La igualdad entre franceses y argelinos, bueno, pero en una Argelia totalmente asimilada a la Metrópoli, donde los nueve millones de musulmanes se disolverían en la masa metropolitana.

En nombre de esta fórmula se fraguó el 13 de mayo. Fué porque los europeos de Argelia creyeron que de Gaulle la aceptaría por lo que reclamaron a voz en cuello el advenimiento del general. Este, cuando estuvo en Argel, alzó los brazos al cielo, anunció tiempos radiantes, saboreó las aclamaciones, pero evitó pronunciar la palabra de la que su antiguo colaborador, Soustelle, había hecho una especie de fórmula mágica para sus admiradores de Argel.

De hecho, el general de Gaulle soñaba con decidir la paz al estilo de

Bonaparte, cuando había concedido la paz a los últimos combatientes de la Vandee. Ofrecería a las fel-laghas el perdón, «la paz de los valientes», castigando acaso algunos obstinados que se negaran a escuchar su gran voz. Luego discutiría las nuevas instituciones de Argelia con los representantes elegidos del país. Argelia seguiría siendo francesa, pero tendría su personalidad argelina. Los musulmanes tendrían en ella los mismos derechos que los franceses de la metrópoli; pero bien parece que en el pensamiento del general las provincias de Ultramar tendrán un estatuto particular por definir más adelante. Es decir, que nueve millones de indígenas, merced a la ley del número de la democracia, impondrán su ley a la minoría francesa que allí está afincada. Los colonos de Argelia objetan que esto equivale a sumergirlos en la masa indígena y a preparar, en un día no muy lejano, una hermosa petición de independencia de los elegidos argelinos que serán en su mayoría indígenas. Estas críticas de gente que la prensa de París llama desdeñosamente «los ultras», apenas si han hecho mella en la confianza del Presidente de la República. Este cree que desarrollando las riquezas de Argelia, instalando industrias del acero y explotando el petróleo del Sahara, se creará una prosperidad que reconciliará a musulmanes y europeos.

Es curioso anotar el carácter materialista de este programa, no porque deje de ser razonable tratar de desarrollar el bienestar en un país demasiado poblado y de recursos limitados. Pero, hasta aquí, Francia confiaba en sus ideas, en su irradiación, en su cultura para conquistarse las mentes y los corazones. Desde las Cruzadas hasta la Revolución francesa y los movimientos que de ella nacieron gustan de repetir los escritos franceses. Francia ha seguido su vocación misionera. He aquí que casi después de ciento treinta años de dominación, Francia descubre que no ha hecho mella en los bereberes, que no ha abierto una brecha en la muralla que el Islam alzaba entre su pensamiento y sus súbditos. Entonces se refugia en una imitación de la fórmula americana de la prosperidad, bastante inesperada en ese campeón del orgullo francés que es el general de Gaulle. Se dice a los musulmanes: «la metalurgia os enriquecerá». A los franceses se muestra el petróleo del Sahara, agregando: ¿Podéis aveniros a perder tales riquezas?

Pero los insurrectos musulmanes, a quienes anima una mezcla de fanatismo religioso y de nacionalismo virulento, ¿van a soltar las armas y renunciar al mito de la independencia porque van a construirse hermosas fábricas en Bona? Y los proletarios o los pequeños burgueses franceses, cuyos hijos corren el riesgo de que los maten en los «yebels», ¿aceptarían gustosos

este sacrificio pensando que permite tener petróleo francés? No estamos muy seguros de ello. No porque los motivos económicos hayan faltado en las guerras y las revoluciones, pero los hombres sólo sacrifican su ideal o su vida cuando el interés se arropa en motivos exaltantes.

La acogida que el programa de Constantina ha hallado en Argelia, bien lo prueba. El llamamiento a la «paz de los valientes» no ha encontrado apenas ecos por el momento entre «los combatientes de la fe». Sin duda, una compañía se ha pasado a los franceses con armas y bagajes. Pero esta rendición de ciento cincuenta hombres, incluso si constituye un síntoma favorable que los servicios de guerra psicológica de Argel explotan debidamente, no pasa de ser hasta aquí un hecho aislado. La lista de los rebeldes muertos en combate muestra que los nacionalistas argelinos siguen combatiendo. El programa de Constantina, por tanto, apenas si ha modificado la posición de los rebeldes. Antes como después de ese programa, es la fuerza la que los reduce y no las ofertas de paz. Tal vez los miembros del F. L. N. aceptarán negociar, pero no capitular. Ahora bien: el general, aun prometiéndoles olvidar el terrorismo, los degollamientos y algunos actos que en derecho llevan el nombre de crímenes de guerra, les pide alzar la bandera blanca de los vencidos y entregar las armas. Esto, los dirigentes de El Cairo o de Túnez, seguidos aún, según parece, por un buen número de guerrilleros de los «yebels», no lo aceptarán. Como lo reconoce melancólicamente Habib Burguiba, agente sin empleo entre la V República y el F. L. N., sólo cabe esperar a que la fuerza venza o a que se produzca un hecho que modifique la situación.

Pero si el programa del general de Gaulle no ha vuelto a la razón a los musulmanes rebeldes, ha excitado a lo sumo la inquietud—y en algunos la ira—de los europeos de Argelia, pongamos, de su sector dominante. La negativa a comprometerse en la vía de la integración, las concesiones a la República tunecina o a Marruecos, la consideración con que se trata a los rebeldes argelinos que estiman ser unos degolladores, son a sus ojos otros tantos signos de que de Gaulle es peor que la IV República. Porque ésta, condenada a la impotencia por sus divisiones, no actuaba, en tanto que el jefe de la V República puede hacer lo que quiere y pone su autoridad al servicio de soluciones que parecen desastrosas a Argel. En nombre del sufragio universal, el general de Gaulle ha dado a la masa musulmana, compuesta en su mayoría de analfabetos y de analfabetas, el medio de dominar la política argelina. De momento, los militares y la administración pueden

hacerlos votar bien. Pero si surgen demagogos, lo que estaría en la lógica del sistema, y arrastraran esas muchedumbres a reclamar legalmente su independencia, ¿qué hará el general De Gaulle o sus sucesores? ¿Ceder como en Guinea? Entonces, ¿para qué sostener la guerra actual? Conozco a muchos franceses de Argelia que todos los días le piden a Dios que los dirigentes del F. L. N. se mantengan en su ceguera y que piensan que Argelia se perderá de veras el día en que la rebelión argelina cese. ¿Pesimismo excesivo? Tal vez. Pero este estado de espíritu existe. Se ve reforzado por la idea de que el 13 de mayo los europeos de Argelia han sido los engañados del pequeño clan gaullista que les hacía sacar las castañas del fuego en su provecho. De ahí, la ira que, con ocasión de la primera visita de M. Debré a Argel, se ha expresado con gritos hostiles contra el nuevo presidente del Consejo francés. De ahí, las consultas entre los antiguos combatientes y las asociaciones patrióticas o nacionalistas, a las que preocupan los relevos sucesivos de los generales del 13 de mayo, luego del artículo de *Le Monde* proponiendo en nombre de una «personalidad», de la que el periódico no da el nombre, una República autónoma franco-argelina. Tal República parece lógica desde el momento que París rechaza la integración. Argelia seguiría siendo francesa y la «personalidad argelina» sería respetada. Quedaría sólo por saber si estaría dirigida por los parlamentarios musulmanes de la IV República, como M. Fahrès, los de la V, como M. Sid Cara o su hermana, actualmente subsecretaria de Estado de M. Debré, o por los partidarios de la independencia, como M. Messali Hadj o M. Ferhat Abbas. Vista desde un despacho de París, esta solución parece acaso razonable. Que parezca catastrófica a los europeos de Argelia, es perfectamente comprensible. Bien se sabe que los amigos del Gobierno dicen que esta inquietud no está justificada, que jamás el general de Gaulle, ni M. Debré abandonarán a Argelia. Pero el jefe del Estado francés, él, no se sale apenas de generalidades llenas de buenos sentimientos, ciertamente, respecto a la necesidad para las comunidades de Argelia de unirse, de entenderse y de asegurar juntas la prosperidad del país. Esta retirada hacia las nubes da a pensar que el general no tiene solución política para Argelia, o que si tiene una, la juzga susceptible por el momento de acarrear complicaciones indeseables. De suerte que, once meses después del 13 de mayo, se lucha y se muere siempre en los yebels; las bombas y las granadas siguen explotando aún de vez en cuando en las ciudades; los asaltantes de carretera siguen operando como en tiempos de M. Lacoste y los europeos gruñen más que nunca contra

París, bajo la mirada indescifrable de los musulmanes. Acaso exista algo más de seguridad en ciertos sectores, sobre todo en Orania. Pero esta mejora no lleva muy lejos. El espinoso problema argelino sigue pendiente. En este punto, la República autoritaria «dura y pura» no ha tenido mucho más éxito que la blanda República parlamentaria del buen M. Coty.

III) *Fidelidad a Europa.*

El grillete de la guerra de Argelia que Francia tiene que seguir arrastrando no la ha impedido empezar con buen ritmo su enderezamiento financiero. No la impide tampoco tener una política exterior más activa y sobre todo vigorosa que la del régimen anterior. La «grandeza francesa» que el general de Gaulle siempre ha prometido a sus fieles es un concepto que no deja de retumbar en el corazón de muchos franceses. Estos experimentaban alguna amargura al ver a su país reducido al estado de segundo no muy brillante de los anglosajones, «leaders» del mundo libre. Es de imaginar, pues, que sienten cierto placer al oír a su Presidente anunciar que la flota francesa estaría bajo el mando de un almirante francés y no ya de un americano. Deben experimentar no menos placer al leer que el Quai d'Orsay ha enviado una «nota seca» a la U. R. S. S., y que el presidente de Gaulle no se ha dejado seducir por Mr. MacMillan. Incluso comparten acaso el deseo de su jefe de renovar el pesado sistema de la O. T. A. N., dejando su dirección a un directorio en que Francia se sentaría con los mismos derechos que los anglosajones. «Francia cuenta de nuevo en el mundo, piensan con satisfacción. Ya era hora.»

Esta política de prestigio a bajo precio no debe ocultar la realidad. De hecho, la política exterior francesa apenas si ha cambiado sus objetivos desde M. Robert Schuman y M. Bidault. Su tono se ha fortalecido, se ha extendido su actividad, pero las circunstancias gravitan demasiado para que se puedan trastocar las alianzas o aplicar la fórmula maurrasiana de «Francia sola». Cuando el general de Gaulle volvió al poder, los jefes de la diplomacia occidental se preguntaron acaso lo que iba a suceder. La broma de Winston Churchill sobre la cruz de Lorena, que había sido una de las más pesadas que hubo de soportar, expresa la fama de aliado incómodo de que gozaba de Gaulle. Aparte de la aspereza de su carácter, cabía preguntarse si este portaestandarte de la germanofobia francesa, que había hecho una

viva campaña contra la comunidad europea de defensa, no iba a entorpecer la lenta constitución de la Europa de los Seis. El hábil Nikita Krushchev, ¿no lo aprovecharía para mover al orgulloso militar contra los americanos—como lo había hecho Stalin en 1944—o contra los alemanes? Un pasado no muy lejano aún justificaba esa inquietud. Si los occidentales podían felicitarse de ver a Francia fortalecerse en lo interior, tenían derecho a preguntarse cómo su nuevo jefe la guiaría a través de un mundo agitado.

Hasta aquí, estas alarmas no han sido confirmadas por los acontecimientos. Si bien el general de Gaulle quiere que Francia sea tomada en serio por el extranjero, ha permanecido fiel a la orientación occidental de la IV República. Los tratados suscritos por el régimen difunto han sido respetados. Francia sigue siendo miembro de la O. T. A. N. y de la Europa de los Seis. Ha aceptado aplicar a partir de enero el tratado de Roma sobre el Mercado Común. Ha resistido a los intentos de seducción que la política soviética esbozaba para desprenderla de sus aliados anglosajones. Nada ha cambiado en el fondo.

Sin embargo, en un punto la actitud francesa ha acentuado su posición con un vigor un poco inesperado: su europeísmo. Las relaciones franco-alemanas parecen no haber sido nunca tan buenas como desde el retorno del general de Gaulle. Las entrevistas entre los hombres de Estado francés y alemanes se han multiplicado. En tanto que en la crisis de Berlín, Mr. Mac-Millan parece bastante dispuesto a soltar lastre para lograr un acuerdo con Moscú, el general De Gaulle se planta como defensor intransigente de la zona occidental de Berlín. Si los soviets quieren impedir el paso de los convoyes aliados, se sabrá quién es responsable del combate que se derive de ello. En buen francés, ello significará que el general aceptará el conflicto y sus riesgos, que no son baladíes para Francia. Desde el punto de vista sirio, su actitud es bastante divertida. Después de haber contribuido en la medida de los débiles medios de la «Francia libre» a la expansión rusa en Alemania, el general de Gaulle y los franceses se declaran dispuestos a afrontar la prueba de fuerza de que puede salir la guerra atómica, que borraría sus ciudades del mapa del mundo, para salvar a Berlín. Pero el general de Gaulle, en el curso de su conferencia de prensa del pasado 25 de marzo, ha precisado que frente a una Alemania que ha cesado de ser peligrosa, Francia ya no tenía razones de hostilidad y que

sostendría incluso a su antigua enemiga en las cuestiones de Berlín y de la reunificación alemana. En cambio—y ello ha provocado algunos remolinos más allá del Rin—el Presidente de la República francesa abandona a su suerte la Prusia Oriental y la Silesia. Su buena Alemania se detiene en los límites que quiso Stalin: la línea Oder-Neisser. Acaso en la hondura de su corazón el general-presidente piense lo que M. Francois Mauriac ha escrito, es decir, que para Francia y Europa no es desconsolador que Alemania esté partida en dos trozos. Más prudente que el novelista de Burdeos, se guarda de decirlo. Porque la «buena Alemania» del canciller Adenauer, católica, liberal y capitalista, acepta colaborar con Europa. Incluso parece querer dejar a Francia el cuidado de representar a sus asociados del Mercado Común en las Conferencias internacionales y esta actitud da motivos de satisfacción al orgullo nacional francés. Como Italia actúa idénticamente, se ha podido hablar con gracia de un eje Bonn-Paris-Roma, que sorprendería no poco a ciertos resistentes, muertos en el curso de la «lucha eterna de los galos contra los germanos», de la que hablaban en Radio Londres los locutores del general de Gaulle, si volvieran a la vida.

Pero los imperativos geográficos son con frecuencia más fuertes que los prejuicios humanos. Francia, Italia, Alemania y sus asociados son demasiado vecinos, sus intereses económicos están demasiado ligados y su civilización es demasiado idéntica para que no sientan la necesidad de unirse contra el peligro ruso. No es pura coincidencia que desde 1871 los vencedores, llámense Bismarck, Briand, Hitler, Schuman o de Gaulle y los vencidos, llámense Thiers, Stresseman, Pétain o Adenauer, admiten, cuando las pasiones de la guerra se calman un poco, la necesidad para las naciones renanas de entenderse y de trabajar en común. Por desgracia, hasta nuestros días, el vencedor pretendía conservar sus ganancias mientras que el vencido aceptaba un acercamiento con la secreta esperanza de tomar la revancha en la primera ocasión favorable. El general de Gaulle no aceptaba siquiera que la Francia vencida pudiera colaborar con su vencedor y, cuando las victorias anglosajonas le dieron el poder, mandó fusilar o arrojar a la cárcel a los hombres políticos que, en el fondo, hacían lo que hoy hace el canciller Adenauer. Bien es verdad que las armas atómicas, por una parte, y la amenaza soviética sobre el Occidente entero, por otra, hacen que resulte inconcebible una nueva guerra franco-alemana. La solución de la cuestión del Sarre, que los hombres políticos de la IV República tu-

vieron el buen sentido de aceptar, ha permitido liquidar viejas querellas —por el momento al menos—. El interés de París es mantener a Alemania en el campo occidental, formentando la fe europeísta y utilizando el recelo hacia los soviets que, por su parte, no han restituído las provincias conquistadas en 1945. En tiempos de Briand se profesaba en el Quai d'Orsay que era preciso maniobrar para englobar a Alemania en el campo de los vencedores. El fracaso de los aliados después de su victoria permite a los occidentales realizar este plan. Lo fastidioso es que para obtener este resultado ha sido preciso que los rusos acampen a unas horas de marcha del Rhin. Esta perspectiva, bastante inquietante para Francia, contribuye a su vez y sin duda a que los ex tribunos de la BBC olviden, así como sus auditores, «el eterno duelo de los galos y los germanos». Hoy los galos y los germanos se unen contra el peligro eslavo. No siendo admitidas Alemania e Italia en los coloquios de los jefes del Estado de los cuatro grandes países, es Francia la que habla en su nombre en los mismos, como habla en nombre del Benelux. El general de Gaulle también podrá decir que representa, a su vez, un bloque de 200 millones de hombres. ¿Será suficiente para que sus asociados lo atiendan? No es cosa segura. Falta al bloque europeo la fuerza militar sin la cual no cuenta mucho en la jungla que es nuestro mundo. La Europa de los Seis dispone sin duda de algunas buenas divisiones, pero las francesas se encuentran en su mayor parte en África, las alemanas están en vías de formación y ninguna de las asociadas de la «pequeña Europa» dispone de armas atómicas, sin las que no se contará apenas en la guerra futura. Francia, como las demás naciones de la Europa occidental, depende, pues, de los anglosajones. No podría actuar sin ellos. A gusto o a disgusto seguiría su suerte, si éstos se lanzaran a la guerra. Es lo que menguará sensiblemente el peso de las intervenciones de sus representantes en las discusiones de los «grandes». El Gobierno francés lo sabe, ya que se esfuerza por recuperar parte del terreno perdido en este dominio. Pero de momento, sólo estará en la etapa de las experiencias y de los ensayos. En espera de tener «su» bomba, como toda la Europa llamada libre, está condenada a seguir la estela de los anglosajones, a sufrir de sus errores y a aprovecharse de sus victorias. No se pone en duda que el general de Gaulle desee el fin de ese protectorado de hecho, pero apenas si tiene los medios de escapar al mismo. Mientras los sabios franceses—o europeos—no hayan dado con la bomba atómica francesa, mientras las instalaciones in-

ANTONIO MASSIA MARTÍN

dustriales no tenga la capacidad de producirla por miles de ejemplares, los llamamientos a la grandeza corren el riesgo de no ser más que retórica o «palabras de nieve y pistolas de paja», como dice el Duque de Saint-Simon, que el general de Gaulle ha de conocer.

ANTONIO MASSIA MARTIN